

UNA AVENTURA DE INTRIGA Y  
SUSPENSE DE GABRIEL CABALLERO

**PABLO POVEDA**  
**LA MALDICIÓN**  
**DEL CANGREJO**



El mundo de Gabriel Caballero está a punto de derrumbarse. Una nueva droga revoluciona las calles de la costa española. Quienes la prueban, pierden la cordura hasta morir.

Una guerra entre narcos en la costa mediterránea que ha puesto precio a la cabeza de Caballero.

Como periodista, no le faltarán enemigos ni aventuras, pero no contará con todo el apoyo del oficial Rojo, todavía dolido por su pérdida y concentrado en encontrar a su mujer.

De nuevo, solo ante el peligro para contar la verdad. Caballero está dispuesto a arriesgarlo todo, incluso la vida de Blanca Desastres.

*La mayor rémora de la vida es la espera del  
mañana y la pérdida del día de hoy.*

Séneca

## CAPÍTULO 1

Los rayos golpeaban la cómoda de roble que había junto al cabezal de la cama. Cogí la copa de vino y di un sorbo, arrugué el rostro, estaba fuerte, aunque no era para tanto. Miré a mi lado izquierdo y un ángel de cabello dorado y oscuro dormía sobre su brazo, bajo una sábana blanca. Se llamaba Valentina. Ay, Valentina, qué bien lo habíamos pasado la noche anterior. Me levanté sin entorpecer su visita a Morfeo, agarré los calzoncillos y ágil salté de la cama.

Ella abrió los ojos, yo miré por la ventana. Hacía un día estupendo.

—¿A dónde vas, Gabriel? —dijo somnolienta.

—A por el desayuno —dije—. ¿Hay algo abierto por aquí cerca?

Desde la ventana de aquel cuarto piso observaba una cala bañada de mar de cristal, casi vacía debido a la temprana hora de la mañana. Palma era una ciudad de rincones, de aventuras y de secretos escondidos. Nosotros éramos uno de esos secretos. La bonita Valentina apenas rozaba los veinticinco. Nos conocimos de casualidad, una de esas coincidencias rebuscadas que empiezan en las barras de los bares, entre vasos de cóctel y taburetes de cuero. Así nos conocimos, una noche cualquiera, uno de los primeros días de las merecidas vacaciones que decidí tomar. Me dejé llevar, lo reconozco, pero supo tan bien que quise repetir. Asentado en un hotel costero de balcones con vistas, Valentina fue la carambola del amor que buscaba a su bola negra entre tanto turista bronceado, nervioso por me-

ter la mano entre los vestidos de las isleñas. Me acerqué a ella con un vaso de ginebra en la terraza de un barco discoteca y horas más tarde tomábamos un taxi que nos llevó al otro lado del paseo, dejando atrás los molinos, los bloques de apartamentos y el furor nocturno de la isla.

Era el tercer día que amanecía entre sus piernas aterciopeladas y la brisa única del acantilado que teníamos frente a nosotros. No tardé mucho en darme cuenta de que aquel apartamento no era suyo, tampoco de sus padres, mucho menos de un familiar lejano y ni pensar en alquileres. El piso, un coqueto estudio con suelo de mármol, escueto balcón y vistas al mar, era propiedad de su amante. Ella no dijo nada y yo preferí no preguntarle, aunque cabía la posibilidad de que el susodicho apareciera tarde o temprano y con cara de pocos amigos.

—Vuelve a la cama —ordenó—. Todavía es pronto...

Tenía un mal presentimiento. Algo no encajaba.

—Voy a dar una vuelta —contesté—. ¿Café y cruasán?

Valentina se dio la vuelta cuando un claxon sonó desde el exterior. Levantó la cabeza y me miró.

Me puse los pantalones, me abotoné la camisa y recogí mis pertenencias. ¿Cómo lo hizo? Todavía me lo pregunto.

Al abrir la puerta apareció un hombre con el cabello engominado hacia atrás, con polo de color amarillo y cuello levantado, pantalones cortos de color caqui y Rayban antiguas. Un hombre con cara de desencanto, de dolor en el pecho y corazón roto. La arteria de su cuello, abultada, enrojecida.

—¿Tú quién coño eres? —dijo guardándose las llaves del apartamento. No se había equivocado—: ¿Valentina?

Ella se cubrió con la sábana.

—¡Rodrigo! —contestó—. Te lo puedo explicar.

Ya conocía la historia, sabía cómo terminaba y, después de todo, estaba de vacaciones.

—¡Serás guarra! —gritó.

Intenté despedirme a la francesa, pero me cerró el paso:

—Tú no vas a ninguna parte.

Y sacó una navaja de su bolsillo.

—Cálmate, Rodrigo —rogó Valentina, pero él ya no escuchaba.

—A ti —me volvió a gritar—. Sí, a ti. No sé quién eres, pero te voy a cortar las pelotas.

A veces dialogar está de más. Dicen que la violencia es el último de los recursos, que todo se puede solucionar con la palabra y la razón. Rodrigo no parecía una de esas personas a las que les gusta sentarse en una mesa y discutir el por qué me había acostado con su chica, fuese como fuese. Rodrigo llevaba tanta gomina en el pelo como odio dentro de sí, y no iba a dudar en cortarme los testículos con su navaja manchega.

Cogí la copa de vino, que estaba todavía sobre la cómoda, y se la tiré a la cara. Se escuchó un alarido. La suerte, una vez más, estaba de mi lado. El cornudo no supo esquivarla y la recibió de lleno en los ojos. Ya le había dado motivos suficientes para rebanarme lo que quisiera.

Salí de allí corriendo, sin despedirme de Valentina, escaleras abajo, como si no hubiese nada más importante que correr, porque, a veces, no lo hay, y eso es así. Correr y correr hasta que la muerte nos separe de la vida porque otro bastardo corre tras nosotros.

A lo lejos, escuché un golpe, un llanto tardío y a Valentina entorpeciendo sin éxito la fuga de su ligue.

Llegué a la calle, vi un BMW Z3 de color negro, descapotable y mal aparcado. Era el coche de aquel capullo. Seguí corriendo hacia un taxista apoyado en la puerta de su vehículo, con un cigarrillo pegado a la comisura del labio y una gorra de Zumosol.

—¡Al puerto! —le grité a varios metros.

Nos metimos en un Ford Sierra antiguo con olor a viejo, tiró la colilla por la ventanilla y el hombre, dispuesto a jubi-

larse pronto, arrancó.

—¿Hay prisa? —preguntó y se rio.

—Déle, déle caña —contesté—. Que se me escape el ferry.

—A mandar —dijo y pisó el acelerador.

Tenía el corazón en un puño, el puño en el estómago y las tripas bailando sevillanas en lo más profundo de mi ser.

¡Ay! Valentina, iba a pagar por mí y por todos mis compañeros de cama anteriores. Pobre chica, pensé. No supo jugar bien, aunque tal vez sí, y no era la primera vez. A lo mejor, ese borrego la perdonaría, porque, ya se sabe, a falta de cuernos, buenas son piernas, y Valentina tenía unas piernas muy bonitas. Si la gente supiera la de historias que hay tras las puertas de los apartamentos, se espantaría. De hecho, se asustaría al verse dos veces frente al mismo espejo. Ese toque mágico de locura que habita cada rincón, cada segundo de nuestras vidas, para aliñar y desordenar un poquito, solo lo justo, darle la magia al día, la conversación, tener algo por lo que pensar. Si todos fuésemos tan buenos y la vida no fuera tan cara, vivir sería una actividad como la pesca, en la que solo tienes que esperar y la mayor parte, es una cuestión de fe. Valentina era un hada madrina perdida, jugando con la confusión de su propia flor, de lo prohibido, quitándole a otras lo que tampoco les pertenecía. Y así, la vida pasaba.

En la radio, de fondo, el locutor hablaba en un balear más parecido al catalán que al acento *ché* de mi zona. Paco de Lucía tocaba la guitarra y yo por la ventanilla olfateaba el aroma de las churrerías y de los restaurantes de playa.

—Míralo, ¿será posible...? —exclamó el taxista mirando por el espejo—. Está *chalo* el tío ese.

Le noté asustado, levantando la vista por el retrovisor, y me di la vuelta cuando vislumbré el morro oscuro del Z3 acercándose más y más; y a un Rodrigo siempre engomina-do, sin que le afectara el viento, rojo como una sandía y a punto de estrellarse contra nosotros.

—Déle, déle gas —ordené sacando la cabeza—. Déle esquinazo, que viene a por nosotros.

El viejo se encogió de hombros.

—¿En qué lío te has metido, joven?

—En uno de faldas —contesté—. De faldas bien cortas.

—*Mare de Déu...* —murmuró—. Debí quedarme donde los alemanes.

El Ford Sierra despegó del suelo, apreté mis nalgas contra el asiento. El taxista, con una expresión estreñida al borde del paro cardíaco, sorteaba callejuelas y jubiladas con carros de la compra que aparecían entre los coches. Mi mano apretaba en el reposa-cabezas del asiento del copiloto, la guitarra flamenca de algún *calorro* sonaba de fondo y yo rezaba a todos los calendarios descoloridos de vírgenes y a las fotos de Cristo que el hombre guardaba en el salpicadero.

Con los ojos apretados me giré hacia atrás y no vi nada.

Sonó una campana de la torre de la iglesia.

—Vaya, vaya... —dijo el taxista y comenzó a reírse, a carcajear, a desencajarse allí mismo, con el coche parado—. No te importará que me fume uno, ¿verdad? Mi mujer no me deja, ya sabes...

Yo miraba a mi alrededor sin poner mucha atención a lo que me decía.

—A estas alturas, mejor tutearse, joven. A mí no me importa, ya me ves.

Lo volví a ver, más rápido, más acelerado, embellecido por el fuego infernal que rodeaba su cabeza.

—¡Arranca!

Quemó rueda el asfalto, chilló el neumático, el asfalto y un niño que se comía un helado junto a su madre cuando mi chófer hizo salpicar un charco en su cara. Alcanzamos los 130 kilómetros por hora, en pleno centro de la ciudad, haciendo activar un conjunto de melódicas sirenas de varios coches patrulla que se encontraban de servicio. Con los intestinos revueltos, a punto de desteñir como un calamar,



deseé que aquel Ford Sierra fuera un Delorean y que la ficción del cine fuera tan cierta como los anhelos de los niños. Deseé que al final de la rambla no hubiera playa sino una línea temporal que me llevase al año 2015 o al que fuese, pero lejos para no ser atrapado. Sin embargo, como decía la canción, los sueños, sueños son, y aquello era una fuga en toda regla por haber dormido en la cama de quien no debía. Mi sorpresa llegó al ver la cara del taxista, sonriente, pasándolo en grande.

Subió el taconeo de la radio y me regaló unas palmas.

—Olé, olé —decía—. ¿Tú sabías que de joven fui piloto de carreras?

Era justo lo que necesitaba escuchar.

Tras nosotros, dos coches de policía local, el BMW Z3 descapotable y una marcha de modernistas, motorizados en sus Vespa Primavera, apartándose como moscas con la llegada de las patrullas.

De nuevo, la suerte marcaba otro tanto a mi favor cuando un autobús de dos plantas, infestado de turistas sin camiseta, salía de una de las perpendiculares a la rambla.

El taxista pisó a fondo el acelerador, esquivando con un viraje la trompa del elefante sobre ruedas y dando esquinazo a la cabalgata que llevábamos detrás. Segundos después, se escuchó un fuerte golpe, un choque en cadena, bocinas, más golpes, sirenas rotas, cristales, ambulancias.

Conforme nos alejábamos por las callejuelas de un barrio de calles sucias y fachadas manchadas de spray, el alboroto se quedaba atrás y por la radio el locutor nos regalaba esa noche de amor de la que hablaba Triana.

Viajamos en silencio el resto del trayecto. Vi los barcos, el crucero cargado de eslavos que llegaban con ganas de quemar la noche y otros que subían llevándose poco más que una borrachera. El olor a alquitrán y aceite me despertó. El mar me recordaba a mi casa y encontrarme junto a él me ayudaba a mantener los pies firmes. La gente de costa necesita estar cerca del mar si no quiere morir deprimida

en un chalé en la montaña. No lo digo yo, lo leí en un dominical provincial.

Estacionamos en doble fila junto a un contenedor de residuos portuarios. Saqué la cartera y le di casi todo lo que tenía.

—Guárdatelo, anda —contestó con una sonrisa natural entre la barba blanca de la desgana—. *Mare de déu*, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Le vendrá bien para... los gastos —insistí.

—¡Qué va! —dijo—. Le echarán el muerto al del coche bonito, que para eso lo tiene y lo paga.

—Gracias —respondí.

—A ti —me dijo—, aunque te voy a decir una cosa. La próxima vez no tendrás tanta suerte. No te creas tú que todos son como yo.

—Ya, ya lo sé. —Se estaba enrollando demasiado. Escuché el ruido de bocinas—. Me tengo que marchar.

—¿Te he dicho que de joven fui piloto?

Salimos del Ford Sierra y me fui dando brincos hasta la caseta de billetes. Miré por última vez al coche. Un cigarrillo se aguantaba por sí solo en el labio inferior de aquel hombre, el mismo que me saludaba con la mano como el padre que dice adiós a su hijo antes de marchar de excursión.

Una vez dentro del barco, subí hasta la popa, donde se encontraba el bar y la terraza. El sol brillaba reflejando en el mar, las parejas se abrazaban junto a la baranda, forjando un recuerdo basado en el cine; las gaviotas sobrevolaban los alrededores, los niños tiraban chuscos de pan sobrantes del bocadillo matinal; turistas enrojecidos y deshidratados, ocultándose bajo gafas de sol y sombreros de paja. Paz y también gloria. Me jacté de lo sucedido, dándome una palmada en la espalda, dándole las gracias a Dios por cruzarme con aquel buen taxista.

Di un segundo trago a la cerveza, tan fría como el carácter de Blanca Descartes, sí, la misma, y pensé en ella, allá

donde estuviera, allá con quien se encontrara. Por ti, Blanca, dije para mis adentros y brindé.

Entonces escuché un alarido, una fuerza perturbadora en el ambiente, el grito de un gorila enfurecido.

—¡Hijo de perra! —se escuchó—. ¡Te voy a matar! ¡Hijo de la grandísima perra!

Reconocí esa voz. Era él. No supe cómo pero había llegado hasta allí. La suerte tan solo me dio un respiro.

El silencio pulcro fruto del miedo, la gente apartándose de la senda. Al girar vi a Rodrigo con la camisa desabotonada, una cadena de oro sobre su cuello y el cabello engominado. Estaba colorado y mostraba varios cortes en la cara. Arremangado, dejando al trasluz un reloj de oro, agarró una mesa y como un bruto la lanzó contra mí.

—¡Te voy a matar! —gritaba con la mandíbula desencajada—. ¡Ven! ¡Valiente! ¡Te voy a matar!

Después de la mesa, me lanzó una silla y también una tumbona de playa. Continuó con una botella, un vaso, un florero y hasta un tenedor.

Propio de mi valentía, corrí por la cubierta, pero el susodicho me cerraba el paso, lanzándome objetos mientras me movía.

—Ahora qué, ¿eh? —dijo a varios metros cuando sacó, de nuevo, la navaja de su bolsillo—. Venga, valiente, ven aquí.

—Podemos hablarlo, Rodrigo —dije ahuyentándolo con las manos—. Todo tiene arreglo.

—No pronuncies mi nombre —contestó furioso—. ¡Te voy a matar!

Rodrigo embistió con su grasienta cabeza, llena de gel capilar, contra mi cuerpo. Audaz y con garbo esquivé su ataque como buen torero. Se escucharon varios «olé» y yo saqué los labios hacia fuera. Más rápido que él, vi su espalda y no dudé en abatirlo de un golpe, pero solo desplacé el arma varios metros. Rodrigo se giró y me soltó un mandoble pugilista, y otro, y así hasta que caí al suelo. El públi-

co miraba decaído, podía escuchar su «oh» generalista, esceptico, y a algún niño que decía «lo va a matar papá». En el suelo, junto a la barandilla, en la punta de la popa, vi a Rodrigo recoger su navaja del entablado, vi sus náuticos marrones, su cabello perfecto, vi el rostro de Valentina, la cara del taxista diciendo «olé, olé». Dejé la mente en blanco. Rodrigo se acercó a mí, la camisa entreabierto mostrando una lorza; el chillar de la mandíbula, tras varias rayas de cocaína; el cuchillo en la mano, buscando venganza.

—¿Ahora qué? ¡Valiente! —gritó—. ¿Ahora qué?

Desde mi posición, avisté sus tobillos y le asesté una patada que le provocó la caída, rompiéndole el labio. Malherido, me levanté, lo agarré del cuello de la camisa y saqué su cuerpo al otro lado de la cubierta.

—¡No! ¡No! —gritó—. ¡Al agua no!

Expectante por la posible ovación posterior de mi público, lo lancé al mar desde lo alto, como a una aspirina en un vaso de cristal. Veía a Rodrigo en el agua, pidiendo auxilio, agitando los brazos, y a los tripulantes de otras embarcaciones, acusándome por mi despropósito.

Por desgracia, al darme la vuelta, mi audiencia, decepcionada, me señalaba con el dedo ante la mirada de varios señores vestidos de verde que pronto procederían a detenerme. Vi a Valentina, al fondo, le sonreí pero no pareció orgullosa de mi audacia.

El sol todavía brillaba en el mar, pero ya no había parejas jugando a Titanic ni niños que alimentaban a los peces.

Dos guardias civiles iniciaron su paso hacia mí. Noté cierta vergüenza ajena en sus rostros, desmán y falta de madurez por mi parte.

Supe que mis vacaciones habían terminado.

## CAPÍTULO 2

El servicio de rescate sacó del agua a Rodrigo, aturdido, empapado por la lección de buceo recibida. Los guardias civiles me detuvieron con calma y pidieron que los acompañara a los calabozos del barco para tomarme declaración.

Media hora más tarde, uno de los policías garabateaba algo en un cuaderno de notas con cierta incredulidad en el rostro.

Por supuesto, tuve que omitir algunas de las partes de la historia.

—Pregúntenle a quien quieran —expliqué—. Me iba a clavar la navaja.

—Y afirma que esto ha sido por una mujer... —dijo el que esperaba en la puerta—. ¿Cierto?

—Que yo no he hecho nada —insistí—. Valentina, se llama Valentina. Estaba hace un rato en el barco también.

—Buscar a una Valentina en el barco —murmuró el que tomaba nota—, es como buscar una aguja en un pajar.

—Valentina —dijo el de la puerta—. A buenas horas, Valentina.

Debía de ser algún código secreto porque no me enteré de nada. Preferí seguir con lo mío, con la declaración y pensar en cómo salir de allí sin que me costara un ojo de la cara.

—Usted ha cometido una falta muy grave —dijo el registrador—. No sabe la que podría haber montado, señor Caballero.

El compañero se rio:

—¿A qué se dedica?

—Soy periodista —contesté.

—Ya —dijo impasible.

—Habrá escuchado hablar de mí —titubeé—: la historia de la chica de la secta...

—No, no me suena.

—Periodista —dijo el otro.

—Sí —contesté.

—Ya —dijo el anotador.

Los hombres me abandonaron en un calabozo improvisado con aspecto de bodega, para regresar dos horas más tarde. Tuve tiempo para pensar en mí, en lo que vendría después. No poseía muchas respuestas, no sabía cuáles eran las consecuencias de empujar a alguien por la borda. ¿Quién sabía esas cosas? Los guardias regresaron. Escuché el cerrojo moverse. Traían noticias consigo. El hombre que tomaba notas parecía agitado.

—Cuando regresemos a Dénia —dijo—, podrás presentar una denuncia... si quieres.

—Sí —dijo el otro—, si quieres.

De nuevo, hablaban de un modo críptico que no lograba entender.

—El señor Gracián —dijo el anotador—, no pondrá ninguna denuncia contra usted.

Recibí la noticia abriendo la boca.

—Sí —confirmó el otro las palabras de su compañero—. No pondrá denuncia alguna. ¿Y usted, señor Caballero?

El anotador se mofó. Había algo en mi apellido que les hacía gracia. Obvié preguntar.

—Entonces me dejarán marchar así —contesté—. Sin más.

—Sí. Sin más.

Que Rodrigo Gracián prefiriera no meterse en más líos no me sorprendía. Supuse que, en tal caso, alguien les tendría que explicar cómo había llegado ileso y en su deporti-

vo intacto, tras los desperfectos ocasionados en la vía pública. Ni yo tenía respuesta para tal oda.

No conocía a Rodrigo Gracián, pero mi olfato de periodista me decía que no era trigo limpio. Ya se sabía: alguien tenía que pagar todo aquello sin mancharse las manos y, no hablo de los accidentes, no; me refiero al coche, el apartamento, la chica bonita y los litros de gomina.

Llegamos a puerto y esperaba a que me sacaran de aquel zulo cuando crucé miradas con mi antagonista. Tenso, mojado y pálido como un calamar, caminó en silencio.

Una patrulla de los nacionales me esperaba en algún lugar del puerto de Dénia, en aquella bahía olvidada, retirada a los pescadores, a las gaviotas que estaban de paso y a los turistas que daban largos paseos aromatizados por los restos de pescado.

Los guardias civiles nos llevaron hasta un banco de piedra junto a la salida del barco, presos de las miradas de los viajeros, como animales de zoo.

—Están cometiendo un error, agentes —dijo Rodrigo—. Rodrigo Gracián. Acuérdense de este nombre.

—Amenazas las justas, que se le cae el pelo —dijo un guardia.

—Usted se vendrá con nosotros de vuelta —le dijo el anotador a Rodrigo—. Hay algunas cosas que nos tiene que aclarar.

—De usted —me dijo el otro reteniendo mi atención—, se van a encargar los suyos, los de aquí.

—Esto es cosa de las dichosas autonomías... —dijo el anotador.

—Ya se lo he dicho —contestó Rodrigo sentado en un banco—. Quiero a mi abogado delante. ¡Venga, coño! ¿Pero esto qué es?

—Cálmese, ¿no cree que ya ha hecho el suficiente ridículo? —le dijo el anotador.

Aquel hombre bravo, impotente y desquiciado, clavó sus ojos en mí, clamando piedad y silencio, diciéndome